

Con Buñuel y Mutis en Lecumberri

“No vaya a irse, voy a traerle algo”

Elena Poniatowska

Durante su estancia, preso, en el Palacio Negro de Lecumberri, en la Ciudad de México, el poeta colombiano Álvaro Mutis recibió la visita de dos personajes —notables protagonistas ambos de la cultura mexicana—: el cineasta español Luis Buñuel y la joven periodista Elena Poniatowska. La hoy Premio Cervantes de Literatura recupera esta crónica, aparentemente olvidada por ella misma y señalada siempre por el fino humor de una capacidad perceptiva de primer nivel.

Lo primero es el olor, un olor que golpea el pecho, llega al corazón y lo hiere. Al entrar en la nariz, en ese mismo instante, el olor abre su camino de cuchillos, tasajea la carne, la sangre empieza a correr y sube por la garganta.

—Pasen, pasen por aquí.

El carcelero lo dice como si abriera las puertas de un palacio. Y tiene razón. Por algo le llaman a esta cárcel el Palacio Negro de Lecumberri. De altísimos techos, de inmensas rejas de hierro verde, tiene un porte real sobre todo si uno lo compara con las vecindades del rumbo, esas chozas de cartón a ras de tierra que a tientas encuentran en qué apoyarse, una barda abandonada, una montaña de basura que finalmente se hizo tierra, una excavación para los cimientos de un edificio que jamás se construyó.

—¿A qué crujía quieren ir primero?

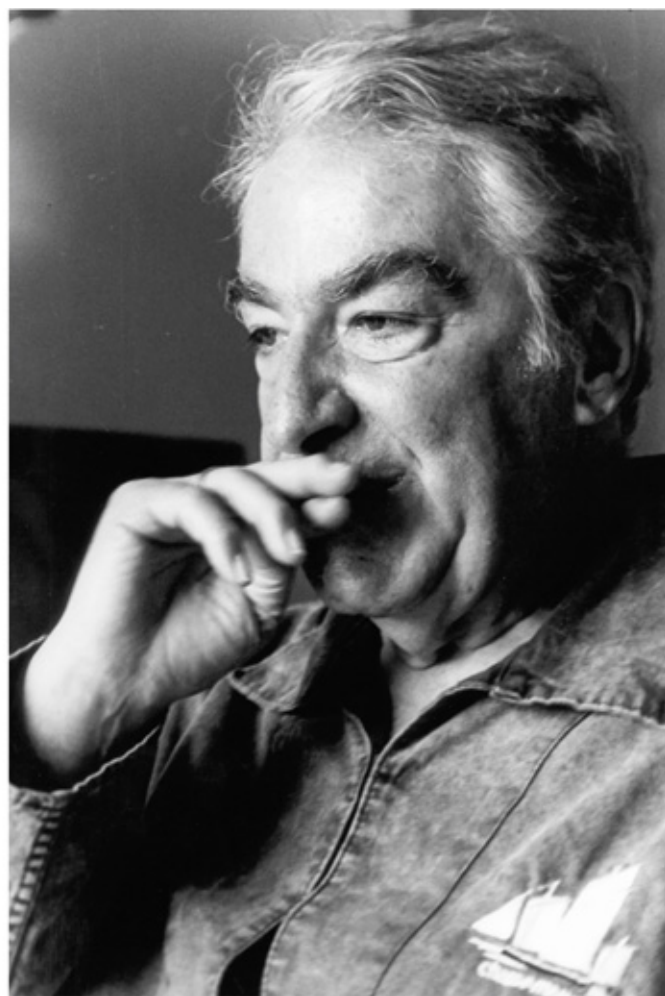
Vista desde el cielo, la cárcel es una estrella caída sobre la tierra, una estrella infernal cuyas cinco puntas se abren para que a partir de ellas se enfilen los rayos de las celdas y desde el polígono los rayos de la vigilancia se multipliquen y enceguezcan al preso.

—¿Quieren ir a la J? Es la de los jotos —ríe el carcelero que lleva quepí, uniforme militar, anteojos, un diente de oro e insignias sobre los hombros y en las mangas.

Las crujías siguen las letras del alfabeto, las vocales y las consonantes. La A, la E, la B, la jota. A la jota la han aislado. Es un mundo aparte. Allí no hay celdas. ¿Para qué? Los presos duermen repegados en unos largos galerones, sus camitas flacas alineadas como en



Luis Buñuel



Álvaro Mutis

los orfanatorios o los conventos. Ni una cortina para proteger su intimidad. A pesar de que la J no tiene puertas, Luis Buñuel se detiene antes de entrar y observa con pudor.

Pasé por don Luis a las ocho de la mañana. “Sí, sí, venga temprano, yo siempre me levanto a las seis”. “Claro”, dijo Jeanne, su mujer, “no es ningún mérito, a las ocho de la noche ya está dormido”.

Cuando entré a la privada de Félix Cuevas, ya estaba Buñuel en la calle, esperándome, un cigarro en la mano. De lejos vi su traje de tweed y su mirada expectante. Sonrió su sonrisa de dientes separados. Me gustan los hombres que tienen los dientes separados.

El domingo en México es un día vacío. La gente se queda en su casa. Llegamos rápido a la cárcel preventiva aunque manejé con especial cuidado. No iba yo a chocar con Luis Buñuel a mi lado.

—Traje cigarros, tres cajetillas, me parece que Mutis fuma.

—Lo que más hace es leer. Releyó todo Proust en la cárcel.

—¿Todo Proust? ¡Eso es como leer todo Pérez Galdós!

Los domingos, las aceras frente a la cárcel se vuelven romería. La gente lleva canastas de tacos para vender, coca-colas, refrescos, tortas y dulces. Entre los puestos, uno de rosarios y estampas, san Martín de Porres de

cuerpo entero con su escoba y su carita negra abre los brazos. En un extremo de la acera, veo una oración impresa en hojitas de papel que levanto del suelo porque dice en grandes letras: “Renuncio al mundo, renuncio a la carne, renuncio al Demonio”. Demonio con mayúsculas. “496 Padres Nuestros, 958 Dios te salve María, 379 Cremos”.

—La contabilidad de la Iglesia —comenta don Luis que ha encendido un segundo cigarro.

—¿Compramos algo? ¿Un san Martín de Porres?

—No, no hay que comprar nada.

El capitán Sánchez, por orden del director del penal, un viejito que yo sentía bondadoso y respondía al apellido de Martín del Campo, tenía órdenes de recibir a don Luis como Dios manda. Aunque hubiera preferido tenernos para él solo en su celda, Álvaro Mutis había organizado el “tour” de la fortaleza. Primero fuimos al pabellón siquiátrico, orgullo del penal, porque tiene algunos aparatos, entre otros, uno de electroshocks. Todo blanco, y dizque moderno. “El nuestro es un centro hospitalario de primera”, asegura el capitán Sánchez, que enseña un diente de oro al sonreír.

Caminamos despacio.

—Aquí tenemos a un español —le comunica a don Luis que ha encendido un tercer cigarro.

—¡Ah, sí!

El español resulta ser un hombre delgadito, una hojita también blanca como de papel de china que “cecea” y cruje como si lo fueran a doblar. Trata al capitán Sánchez con una deferencia obsequiosa y a don Luis como compatriota. “Estuvimos en el mismo lado de la barrera”. Le cuenta que estuvo en la guerra de España, en Teruel, que trabajó en el Hospital Obrero incautado por los republicanos bajo las órdenes del doctor Juan Planelles, pero no le cuenta por qué razón está en Lecumberri. Más tarde, el capitán Sánchez nos revelará que mató a su mujer. Por celos.

—Y luego se le botó la canica. Aquí no causa mayores problemas y, como es médico y sabe mucho, atiende a los que van a dar al pabellón siquiátrico.

Al salir, nos cruzamos con la llamada “población”, como la llama el capitán Sánchez, hombres que van por el redondel en torno al polígono de una crujía a la otra y caminan aprisa como si tuvieran mucho que hacer. Entre ellos, saludamos a un hombre más alto que los demás vestido de azul marino, su gorra cuartelera muy bien puesta. Sánchez se entusiasma:

—Tienen ustedes que conocer su celda.

Caminamos hacia la celda de lámina verde. El preso la abre con orgullo. Del techo cuelga una maraña de cables, enchufes y una multitud de televisiones y radios, de aparatos domésticos; licuadoras, batidoras, planchas y secadoras. Pinzas y martillos atiborran los anaqueles de lámina que parecen de juego de mecano.

—Es nuestro electricista —dice orgulloso Sánchez.

—¡Ay, qué bueno!

Nos despedimos, felicitamos al alto gordo, volvemos a despedirnos.

—¿Saben a quién acaban de conocer? —pregunta Sánchez con entusiasmo.

—¿A quién? —pregunta don Luis por no dejar.

—A Ramón Mercader, el que mató a Trotsky, un caso muy sonado, ¿no lo conocen ustedes?

A don Luis, que de por sí es muy ojón, parece que se le van a salir los ojos.

—¿Jacques Mornard o Frank Jackson o Ramón Mercader, el hijo de Caridad Mercader?

—Su verdadero nombre es Ramón. Él se puso el otro que dice usted...

—¡Qué horror! Quiero lavarme la mano —lloro.

El capitán Sánchez me da la espalda. Buñuel prende su cuarto cigarro.

—¡Ah, miren, allá viene Siqueiros con su bolsa del mandado!

David Alfaro Siqueiros carga la bolsa de plástico del mercado con los víveres que todos los días trae su mujer, Angélica Arenal. Vamos de sorpresa en sorpresa, de emoción en emoción, sobre todo cuando Siqueiros señala una celda:

—En esa tengo mi estudio, en la que le sigue duermo y como. ¿No quieren ver el retrato que estoy pintando de memoria de don Alfonso Reyes para el Colegio Nacional?

En medio de las paredes de lámina verde, sobre un caballete, don Alfonso sonríe. Parece un sátiro con su pelo blanco achinado y su sonrisa incitante.

—Muy buen retrato, Siqueiros, muy buen retrato.

—Viniendo de usted, maestro, es un cumplido que me emociona.

En el fondo de la celda-estudio, Angélica Arenal de Siqueiros acomoda la bolsa de plástico y quita de encima de la mesa el vaso con los pinceles, la paleta, los tubos de óleo.

—¿No gustan comer con nosotros? —pregunta mundana.

—No, gracias —se apresura Buñuel. Estamos visitando la cárcel y aún no termina la gira.

En las cárceles, en los hospitales se habla mucho de comida.

Todavía nos falta otro encuentro. Nos lo proporciona Siqueiros.

—Miren, aquel que va allá es El Timbón Lepe.

—¿Quién?

—El gordo Lepe, el papá de Ana Bertha Lepe, la actriz, El Timbón le mató al amante. Cuando viene Ana Bertha a ver a su papá, no saben la que se arma. Todos los presos chiflan, gritan, aúllan. Aunque Ana Bertha lleva anteojos negros y un turbante en la cabeza, la reconocen por su andar.

Siqueiros es un conversador inigualable. Cuenta ahora de los gritos. Dice que cada vez que entra un nuevo preso al penal, los demás gritan detrás de los barrotes:

“¡Ya parió la leona!”.

Después de desearle a Siqueiros “buen provecho”, nos dirigimos por fin a la J, esa crujía a cielo abierto aunque cada vez que pasamos de una crujía a otra los policías se cuadren para saludar al capitán Sánchez. Uno de ellos abre la pesada reja de la J, haciendo resonar la doble cadena que la mantiene cerrada.

—Pasen, pasen —nos dice con un ademán envolvente la Ramona.

En realidad, es el mayor, se llama Ramón pero todos le dicen la Ramona. Nos cuenta que hoy en la mañana, los guardias obligaron a todos “los amanerados” a despintarse la cara, a quitarse sus blusas de holanes, sus faldas y sus zapatillas para ponerse el uniforme carcelario y la gorra cuartelera.

—Aquí podemos andar vestidas como se nos da la gana —informa la Ramona—. A uno que no quiso quitarse el maquillaje, le tallaron la cara con un ladrillo y lo apandaron.

—¿Qué es eso? —Buñuel enciende el quinto cigarro.

—La celda de castigo.

—¿Dónde está?

—Aquí luego, ese es el apando.

Caminamos hacia una jaula de lámina pintada de verde. Por lo visto aquí todo es verde, pero no el verde de la esperanza, quizás es el de García Lorca.

—¿Dónde está el castigado? —pregunta Buñuel.

—Allá adentro, debe estar acucillado, grítele usted para que se levante.

Buñuel llama, su oreja pegada a los barrotes:

—Amigo, amigo.

Como nadie responde, vuelve a llamar:

—¡Amigoooo!

Algo debió de oír en la voz de Buñuel porque responde. Tras de los barrotes de una diminuta ventana también enrejada asoma su cara ensangrentada.

—¿Qué le pasó, amigo?

—Me la tallaron con un ladrillo.

Buñuel le pasa su cajetilla de cigarros.

—Hay que obedecer, amigo, si no mire nomás las consecuencias.

Don Luis habla mexicano. Si pudiera meterse al apando en vez del preso, lo haría. Inquieta frente a la celda:

—¿Cuándo lo van a sacar, capitán?

—Cuando se acabe la visita.

El capitán Sánchez ofrece:

—Si quiere, por consideración a usted, lo sacamos ahora mismo.

—Sáquenlo —ordena Buñuel y enseña la separación entre sus dientes.

Los hombres son esponjas llenas de sangre, carne, trapos. Este que sale de la celda de castigo es un costal a punto de caer.

Buñuel le da la mano pero el preso no tiene fuerza para tomarla y se va trastabillando a su catre. Otro hombre también se acerca tambaleante. El capitán Sánchez explica:

—A ese que viene le va mal porque nunca quiere hacer fajina. La fajina es el trabajo de la cárcel. En la mañana, entre todos tienen que echar cubetas de agua para lavar el pavimento, tallar el piso de las crujías, enjabonarlo, mantener limpia la cárcel, preparar la comida. Esa es la fajina.

—Hay que hacer fajina, hombre, haga la fajina —casi ruega Buñuel y le da un cigarro que saca no sé de dónde.

Recorremos el galerón hasta el fondo, bajo la mirada de los presos. Encima de la cabecera de cada camastro de fierro hay una Virgen de Guadalupe, algún otro santo y una foto de mujer. “¿Su mamá?” —pregunto. El capitán Sánchez explica: “Son ellos mismos vestidos de mujer”. Al fondo del galerón nos espera un altar impresionante. Entre focos de colores verdes, blancos y rojos un cuadro de la Virgen de Guadalupe de tamaño natural, tan grande como el de la basílica del cerro del

Tepeyac. La Morenita, como la llaman, preside una abundancia de satén rojo que cae desde el techo hasta el suelo. Es tan generosa la cantidad de tela que Versailles y Luis XV se quedan cortos ante tanta magnificencia. A los pies de la Virgen, una multitud de veladoras recuerdan la escena de *Macario*, la película de Gabriel Figueroa y El Indio Fernández que inmortalizó al actor Ignacio López Tarso. A un lado, cuelgan los exvotos, los “milagros” que dejan en agradecimiento los que se han salvado gracias a la intervención de la Guadalupeana; los prodigios que dan fe de su clemencia celestial.

—¿La Virgen ha sacado a muchos en libertad? —pregunto.

—Eso no, pero a muchos los ha salvado de no morir aquí adentro de un mal golpe.

Ramona se quita la cuartelera y se persigna. También el capitán Sánchez se quita su quepí y lo mantiene a la altura de su corazón. Buñuel y yo sólo miramos.

—Nos ha hecho muchos milagros —insiste Ramona.

—Aquí adentro ha evitado varios crímenes —ratifica el capitán Sánchez—. Le salvó la vida al Cuco cuando ya lo tenían agarrado los Tres Caínes del Tepeyac.

—¿Caín? ¿Del Tepeyac?

—Sí, así se pusieron esos matones, hágame usted el favor, señor Buñuel.

Contemplamos a La Milagrosa cuyos ojos parecen parpadear a la luz de las veladoras.

Supongo que no morir aquí adentro es suficiente milagro.

El penal ahora huele a carne hervida y el capitán Sánchez nos explica lo que es “el rancho”, la comida que se avecina y se servirá dentro de media hora.

—¿Por qué no se quedan para que vean lo bien que comen los reos mexicanos? Por eso reinciden “los conejos”, por la comida. Nunca comen tan bien allá afuera como aquí adentro. Es más, regresan con hambre.

—¿“Los conejos”?

—Así llamamos a los presos reincidentes. Regresan. Comen. Salen en libertad. Regresan. Comen. ¿Qué dicen? ¿Se van a quedar con nosotros?

Don Luis no sabe decir que no; se moriría de pena si no aceptara.

—Me van a perdonar que no los acompañe —explica el capitán Sánchez—, pero hoy es domingo y es el único día de la semana que como con mi familia. Ya conocen ustedes el dicho de que tan preso el carcelero como el preso... Si se quedan a comer mejor háganlo en la A.

—Vamos a la A.

Bajo el sol despiadado nos sentamos en un pasillo de la crujía A frente a una mesa de metal con nuestros platos también de metal divididos en compartimentos como del ejército. Aquí el arroz, aquí las verduras, aquí la carne, aquí el caldo. Como alego que a mí me encanta el caldo, un conejo ágil y risueño, de orejas paradas,

como buen conejo me trae un plato sopero lleno hasta el borde.

Dentro del plato sopero, la cuchara de peltre encaja en un promontorio como la roca de Gibraltar (digo eso aunque no tengo la menor idea de cómo sea la roca de Gibraltar).

Don Luis se asoma:

—¿Qué es eso?

—Es un hueso —dice el conejo que nos sirve—. Permítamelo tantito, ahorita vuelvo. Usted siga comiendo tranquila.

Mete su pulgar y su índice en el caldo y saca con delicadeza el hueso de respetables proporciones. El plato queda casi vacío.

—¿Quiere que le sirva más?

—No, gracias.

—¡Ah bueno, ahorita vengo, no me tardo nada! —dice con alegría, el hueso entre sus dos dedos.

Frente a la reja, insiste, con una gran sonrisa y casi me grita:

—No vaya usted a irse, voy a traerle algo.

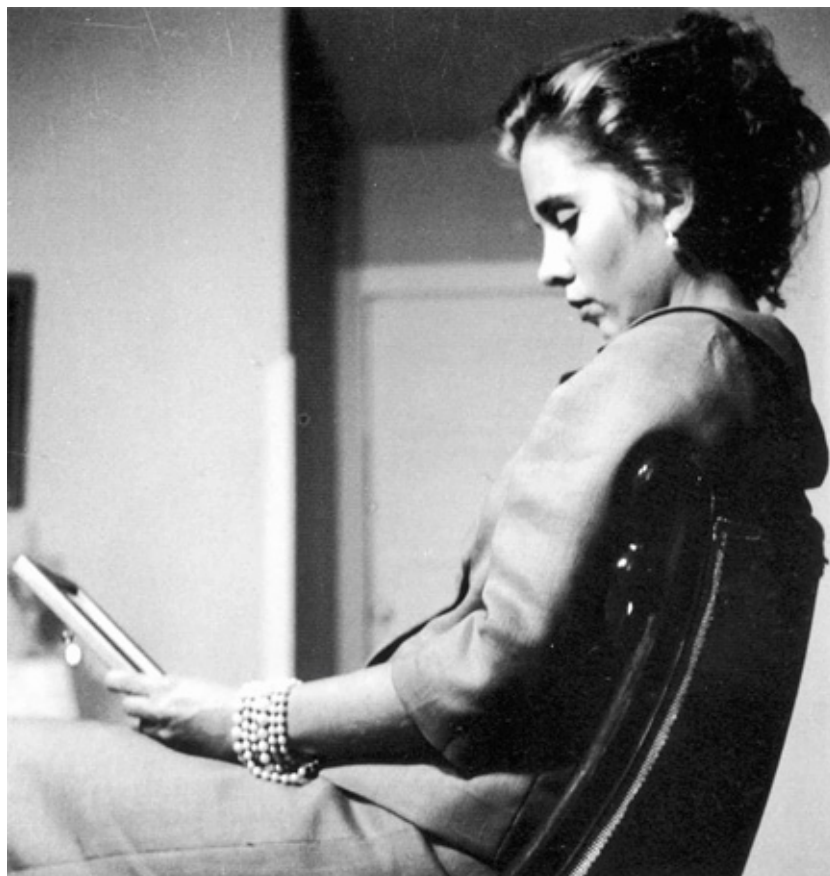
El pan es una delicia. Don Luis sopea el suyo en el caldo. Hablamos del pan, de lo bueno que está, de que no hay pan así de bueno allá afuera, qué buen pan, insistimos en sus ventajas porque queremos hacerles creer a quienes nos oyen que están bien, que su vida es buena, que allá afuera todo está mal, que este es un tiempo de pan, igual al pan, nutritivo, crujiente, protegido, asoleado. El panadero del Palacio Negro de Lecumberri es un español. Por eso el pan-bolillo es tan bueno. Tan bueno que incluso lo venden afuera por costales.

Mutis mira para otro lado. Luego don Luis pasa a hacer sus preguntas buñuelescas, pregunta si hay ratas, ¿cuántas ratas habrá? Sí, claro que hay ratas. “Veo que hay huellas de rata” —Buñuel insiste y le dicen los presos sentados a nuestro lado que sí, que las hay en todas partes, que pueden verse en el patio de tierra suelta donde los presos juegan fútbol—, “allí se ven las patitas de las ratas muy bien pintaditas en el suelo, dígalas a los carceleros que se las enseñen”. Buñuel entonces les pregunta si oyen los pájaros y luego luego le dicen que no, que los pájaros casi ni se oyen porque no hay árboles pero que sí se oyen muchos aviones en pleno vuelo, aviones sí, hay mucho, mucho avión por aquí, ya ven que estamos cerca del aeropuerto. Mutis sigue mudo, intuyo que quisiera tener a Buñuel para sí solo. Buñuel lo vino a ver a él, no a todos los conejos que lo atosigan con sus preguntas de orejas levantadas. Pienso que qué pesadilla la del vivir preso y oír el vuelo de un avión, alzar la vista y mirar cómo se alejan las alas de metal con su foco rojo en la punta de las alas.

—¡Ay, volar, volar, volar!

Buñuel pregunta:

—¿Nadie tiene un cigarro?



Elena Poniatowska en una foto de Kati Horna, 1962

Ya cuando estamos a punto de salir por la llamada “puerta de distinción” que le da escalofríos a Mutis, oigo una voz casi sin aliento:

—Seño, seño...

Es el conejo que metió su mano a mi caldo.

—El conejo del caldo —sonríe apenas Mutis que también es “mayor” pero de la crujía A.

—Mire lo que le tengo...

Pone en mis manos una como estrella.

—¿Qué es eso? —pregunta don Luis con desconfianza.

—Es nuestra madrecita...Yo la hice.

—¿Cómo que la hizo?

—Sí, con el hueso. ¿A poco ya se le olvidó el hueso?

Un marfil chino de la dinastía de Ming no causaría mayor sensación. Tengo dentro de la palma de la mano derecha a la Virgen de Guadalupe con su manto de estrellas, sus pies sobre la luna, su aureola de cuerpo entero de picos bien señalados, su coronita, sus ojos bajos, sus cejas delgadas y su complexión femenina. Como tonta o quizá por la emoción pregunto:

—Pero ¿quién es?

—Es nuestra Morenita, es la madre de todos los mexicanos, es su madre, güerita, la madre de todos nosotros.

—¡Qué maravilla!

—¡La emperatriz de América! —muestra el conejo sus dientes de conejo.

—Pero ¿cómo le hizo?

—En un ratito.

—¡Usted es un maestro! No ha olvidado ni un detalle, mire, hasta el angelito a sus pies levanta la cabeza.

—En un ratito...

Buñuel sonríe tanto como el hueso blanco tallado que tengo en la mano. De golpe y porrazo, ha olvidado pensar en cigarros.

Mutis, sombrío, nos despide. La cárcel. Nosotros vamos hacia la salida. Él se queda. Hablamos ya el lenguaje de afuera. Mutis regresará tras la reja. Buñuel lo abraza, escucho sus palmadas en la espalda de Mutis, resuenan como tambor. Mutis ya no nos mira, quiere darse la media vuelta, regresar a su celda, no ver a nadie. Buñuel y yo somos unos inconscientes, jamás entenderemos lo que pasa allá adentro, lo que significa vivir en el Palacio Negro de Lecumberri. La última mirada de Mutis es de enojo. O de desesperación. Buñuel palpa su saco, los bolsillos de su pantalón, busca un improbable cigarro y no capta la expresión en el rostro de su amigo el poeta colombiano. Al venir a la cárcel le expliqué: “¿Sabes, Luis? A Álvaro le da mucho coraje que le digan que seguro ahora tiene mucho tiempo para escribir”.

En el vochito verde, de regreso a la cerrada de Félix Cuevas me dice: “¿Por qué no me dijiste que trajera más cigarros?”.

—No pensé. Mutis pide libros.

—¿Y los demás?

—No los había visto, Luis, los conocí hoy.

—Hay que traer paquetes completos, la próxima vez, unos diez...

Luis Buñuel se obsesiona.

—Si me lo hubieras dicho, habríamos repartido cigarros...

Está nervioso. No fumar lo enerva.

—De haberlo sabido, los cigarros... Las mujeres... ¡Ah qué las mujeres! Párate en De Todo...

Con su cigarro en la boca, Luis se tranquiliza.

—El domingo que entra, cigarros para todos. ¿Cuántos paquetes cabrán allá atrás? ¡Qué pequeño es tu automóvil!

Cuando lo dejo en Félix Cuevas ya oscuro, no entra de inmediato a su casa, aunque para él las siete de la noche sean las altas horas de la noche. Arranco el vochito y en la esquina, por el espejo retrovisor al dar la vuelta para tomar Félix Cuevas, sólo alcanzo a ver la diminuta lucecita roja de su cigarro. **u**

